

La música en el gueto de Varsovia: el caso de Wiera Gran y Wladyslaw Szpilman. Tercera conferencia del ciclo *Música y Judaísmo*

Como se sabe, el Gueto de Varsovia fue el gueto judío más grande de Europa creado por la Alemania Nazi durante la Segunda Guerra Mundial. Establecido el 15 de noviembre de 1940 como parte de la “Solución Final” de Hitler, sería inmediatamente cercado: primero por alambres de púas y, posteriormente, por un muro de tres metros de altura y 18 kilómetros de largo. Una auténtica cárcel por la que incluso tuvo que pagar –en ese famoso cinismo que caracterizaba a la sádica burocracia alemana– la asociación judía local. Durante los tres años de su existencia, el hambre, las enfermedades y las continuas deportaciones a campos de concentración y de exterminio redujeron su población de un total que se acercaba a los 400.000 a 50.000. Pasado ese tiempo, el gueto se levantaría contra los alemanes el 19 de abril de 1943, soportando heroicamente el asedio del Ejército nazi durante casi cuatro semanas, y convirtiéndose en lo que fue la primera revuelta masiva contra la ocupación nazi en Europa.

Por extraño que pueda parecer hoy, la existencia cotidiana continuó, al menos durante un tiempo, su curso en el gueto de Varsovia, de terrible memoria. Porque la vida, la vida de cada día, en cada una de sus actividades y tareas, racional e imperturbablemente defendidas hasta el final por muchos de los habitantes del gueto, lejos de darse por vencida, no cesó en ningún momento. En cuanto quedó cerrado, el gueto se puso a sacar de sí mismo fuerzas para sobrevivir. Se quería vivir, por encima de todo, lejos de la renuncia y el abatimiento. Era una ciudad enclaustrada, pero una ciudad a pesar de todo, un organismo vivo que respiraba, compraba, comía, se vestía e intentaba formarse y entretenerse en la medida de lo posible, alejando los más negros pensamientos que nadie quería verbalizar en voz alta. En las rúbricas diarias de anuncios de la *Gazeta Żydowska* (la *Gaceta Judía* del gueto, que tenía habitualmente 12 páginas) podían leerse, a lo largo de tres páginas enteras, los anuncios de sastres, dentistas o modistas. Había salones de peluquería o de manicura, zapateros, grabadores, espectáculos de revista y orquestas sinfónicas. Ofertas continuas de compra y venta, de inversiones y gastos con “perspectivas de futuro”, no cesaban de aparecer. Durante muchos meses en el gueto se luchó por vivir, intentando aparentar que se hacía como antes. Después, únicamente se hacía para sobre-vivir, para salir adelante, cada día, desesperadamente. Pero mientras tanto, los cafés, allí, tenían un gran éxito, como seguía sucediendo en los cines, teatros y clubs del lado *ario* de la ciudad.

En uno de esos cafés, en el más famoso y concurrido de todos, el “Café Sztuka”, cantaría cada noche una joven estrella de aquellos días, Wiera Gran, aclamada en la Varsovia de antes de la guerra y de voz parecida a la de Marlene Dietrich. La acompañaba al piano un músico y compositor, por aquel entonces no tan conocido, llamado Wladyslaw Szpilman, hoy célebre en el mundo entero por ser el autor de unas famosas memorias que el director de cine, de origen polaco, e igualmente judío, Roman Polanski, llevaría a la pantalla en 2002, con el título de *El Pianista*. Ambos sobrevivirían y una vez llegada la liberación seguirían muy distintos caminos. Nombrado director de la Radio Polaca, Szpilman se negaría a darle trabajo a Wiera Gran cuando fue a verlo, aduciendo lo que ya era un rumor a voces, aunque nunca llegaría a probarse en un juicio iniciado contra ella: que la cantante había sido agente de la Gestapo y que había otorgado determinados favores a los nazis durante su estancia en el gueto. Por su lado, Wiera Gran esperaría bastantes años más, pero en cierto modo se vengaría al relatar, o dictar sus memorias, poco antes de fallecer, en el año 2007, a una famosa periodista polaca, cuando Szpilman ya no podía defenderse. En ellas mantuvo empeñadamente que el famoso pianista, que se había convertido en un héroe sagrado e intocable para todos, había sido en realidad un gestapista que colaboraba con los nazis para deportar despiadadamente a familias judías a los campos de exterminio. ¿Quién llevaba razón en esta oscura historia de acusaciones mutuas, en lo que es una de las zonas más oscuras y aterradoras de la guerra, la colaboración de judíos, es decir, de víctimas con verdugos? La sobrevivencia, como se demostraría en muchos casos pasada la guerra, en ocasiones era un alto precio que había que pagar y que perseguía a las víctimas durante toda su vida.